

§ 33.

Puesto que como individuos no tenemos otro conocimiento que el sometido al principio de razón, y puesto que esta forma excluye el conocimiento de las Ideas, resulta de ahí que, si existe para nosotros la posibilidad de elevarnos del conocimiento de las cosas particulares al de las Ideas, sólo podrá ser esto si se opera en el sujeto una modificación correspondiente y análoga á la que se ha producido en la naturaleza del objeto; una modificación en virtud de la cual el sujeto, cuando conozca una Idea, deje de ser individuo.

Sabemos por el libro anterior que el conocimiento en general forma parte de la objetivación de la voluntad en sus grados superiores; que la sensibilidad, los nervios, el cerebro, como todas las otras partes del organismo, son la expresión de la voluntad en este grado de objetividad, y por lo tanto la representación de que son origen está destinada igualmente al servicio de la voluntad, como un medio (*μηχανή*) para alcanzar resultados actualmente mucho más complejos (*πολυτελεστερα*), para conservar un ser que tiene necesidades múltiples.

Originalmente y por esencia, el conocimiento está puesto al servicio de la voluntad, y así como el objeto inmediato (el cuerpo) que por la aplicación de la ley causal se convierte en el punto de partida del conocimiento, no es más que voluntad objetivada, cualquier otro conocimiento derivado del principio de razón conserva un enlace más ó menos próximo con la voluntad. El individuo ve su cuerpo como un objeto entre los demás objetos, con todos los cuales mantiene ese cuerpo conexiones numerosas nacidas del principio de razón; y la vista de tales objetos le lleva siempre por un camino más ó me-

nos largo, á su propio cuerpo y por lo mismo á su voluntad.

Como el principio de razón es lo que crea estas relaciones de los objetos con el cuerpo y, por medio de él, con la voluntad, resulta que el conocimiento, siervo de ésta, no trata de buscar en los objetos más que esas mismas relaciones establecidas por el principio de razón, ó sea las de espacio, tiempo y causalidad. Sólo desde este punto de vista es *interesante* el objeto para el individuo, es decir, tiene alguna correlación con su voluntad. De ahí resulta que este conocimiento, llamado á servir á la voluntad, no conoce de los objetos más que sus relaciones; no los concibe más que como existentes en tal momento, en tal lugar, en tales circunstancias, por tales causas y con tales resultados: en suma, no los conoce más que como objetos singulares, y si se suprimieran estas relaciones, los objetos mismos desaparecerían para él, puesto que son lo único que en los objetos se percibe.

No debemos ocultar que esto mismo es también lo que consideran las ciencias en las cosas, á saber: sus conexiones, las relaciones del tiempo y del espacio, las causas de los cambios físicos, la comparación de las formas, los motivos de los acontecimientos, en suma, meras relaciones. Lo que distingue á las ciencias del conocimiento vulgar es la forma, la disposición sistemática, la manera de facilitar y de completar el conocimiento, incluyendo lo particular en lo general por medio de la subordinación de las nociones. Toda relación tiene sólo una existencia relativa; por ejemplo: la existencia en el tiempo es también una no-existencia, puesto que el tiempo no es más que aquello que permite al mismo objeto poseer cualidades opuestas. Por esto, todo fenómeno en el tiempo acaba por dejar de ser, pues lo que separa su comienzo de su fin es precisamente el tiempo, ó sea algo

que carece esencialmente de substancia, algo pasajero y relativo, que denominamos *duración*. Pero el tiempo es la forma más general de los objetos para el conocimiento que está al servicio de la voluntad y el tipo primordial de todas sus otras formas.

Por regla general, el conocimiento está siempre ocupado en servir á la voluntad; ha nacido para este servicio y en cierta manera ha salido de la voluntad como la cabeza del tronco. En los animales esta servidumbre no puede ser suprimida nunca. En el hombre puede quedar suspendida por excepción, como veremos más detalladamente en lo que sigue. Esta diferencia entre el animal y el hombre se manifiesta al exterior en la diferencia de la relación entre la cabeza y el tronco en uno y otro. En los animales inferiores ambas partes están soldadas muy de cerca; en todos, la cabeza se dirige hacia la tierra, donde se hallan los objetos de la voluntad; hasta en los mismos animales superiores, la cabeza y el tronco son mucho más solidarios entre sí que en el hombre, cuya cabeza está colocada libremente sobre el cuerpo y no se halla subordinada al tronco, sino que éste la lleva. El Apolo de Belvedere personifica en el más alto grado este privilegio de la especie humana; la cabeza del dios de las Musas, mira tan majestuosamente el espacio, está sostenida tan libremente por el tronco, que parece desprenderse de él por completo y se muestra emancipada de las preocupaciones del cuerpo.

§ 34.

Este paso posible, pero siempre excepcional, del conocimiento ordinario de las cosas particulares al de las Ideas, se produce bruscamente; el conocimiento se arranca del servicio de la voluntad; el sujeto deja de ser pura-

mente un individuo y se convierte en sujeto conociente puro é involuntario, que no se preocupa ya con las relaciones fundadas sobre el principio de razón, sino que reposa y se absorbe en la contemplación del objeto que se ofrece á él, fuera de su encadenamiento con los demás objetos.

Esto requiere un examen detallado para ser claramente comprendido; ruego al lector que no se sorprenda por lo que encuentre de extraño en esta exposición, pues toda su extrañeza desaparecerá cuando se haya asimilado en su conjunto el pensamiento que forma el objeto de mi obra.

Cuando elevándose por la fuerza de la inteligencia, el hombre abandona la manera ordinaria de considerar las cosas y no se limita ya á buscar tan sólo sus relaciones mutuas cuyo fin último es siempre una relación con su propia voluntad, relación traída por los modos del principio de razón; cuando en la contemplación de las cosas no se examina ya *dónde, cuándo, cómo y porqué* existen, sino únicamente *lo que son*; cuando en vez de dejar al pensamiento abstracto, á los conceptos de razón señorearse de su conciencia, se entrega con toda la fuerza de su espíritu á la intuición y se absorbe enteramente en ella; cuando su conciencia está toda ocupada en la contemplación tranquila de algún objeto natural actualmente presente, sea el que quiera, paisaje, árbol, roca, edificio, ó cualquier otro, en el cual se sumerge, ó como se dice con exactitud, se pierde, es decir, olvida su individualidad, su voluntad, y no es más que puro sujeto, límpido espejo del objeto, de tal manera que parece que el objeto está solo, sin el ser que le percibe; que no se puede separar la cosa percibida del sujeto de la percepción, y que ambos se han identificado porque la conciencia está totalmente llena y ocupada por una sola

imagen intuitiva; cuando de esta manera el objeto se ha desprendido de toda relación con las cosas que le son exteriores y el sujeto se ha emancipado de todas las ligaduras de la voluntad, en este caso, lo que el hombre conoce no es ya el objeto como cosa particular, es la Idea, la forma eterna, la objetivación inmediata de la voluntad en ese grado. Embebido en tal contemplación, es puro sujeto conociente, elevado por encima de la voluntad, por encima del dolor, por encima del tiempo. Esta extraña afirmación que hago (y no ignoro que justifica el aforismo de Tomás Payne, de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso), se hará cada vez más inteligible y perderá su singularidad con las explicaciones siguientes. Por otra parte, en el sentido de esta afirmación se inspiró Spinoza cuando dijo: *Mens æterna est, quatenus res sub æternitatis specie concipit* (Eth. V prop. 31 scol. (1).

En una contemplación de este género, la cosa particular se convierte de un golpe en Idea de la especie y el individuo que percibe se trueca en sujeto puro del conocimiento. En calidad de individuo, el ser humano no conoce más que las cosas particulares; el puro sujeto conociente no conoce más que las Ideas. El individuo es sujeto del conocimiento en su relación con un fenómeno determinado y único de la voluntad y siempre para servirla. Este fenómeno aislado de la voluntad está, en calidad de tal, sometido á todos los modos del principio de razón; todo conocimiento de esta especie se halla igualmente sujeto á dicho principio, y el conocimiento que no

(1) Para comprender bien el modo de conocimiento de que aquí se trata, recomiendo también que se lea lo que dice el mismo Spinoza en la obra citada, Lib. II, prop. 40, escol. 2; luego en el Libro V, prop. 25 á 33 sobre la *cognitio tertii generis, sive intuitiva* y muy particularmente la proposición 29, escolio; la 36, escolio y la 38, demostración y escolio.

tiene por objeto más que relaciones es el único que puede ser útil para la voluntad. El individuo conociente y el objeto singular conocido por él existen siempre en un lugar y en un momento determinados y pertenecen á la serie de las causas y los efectos.

El puro sujeto conociente y su término correlativo, la Idea, están emancipados de todas las formas del principio de razón. Para ellos no tienen significación alguna el tiempo, el lugar, el individuo que conoce ni el objeto individual conocido. Sólo cuando de la manera aquí descrita el individuo conociente se eleva al estado de sujeto puro del conocimiento, al par que el objeto se transforma en Idea, sólo entonces es cuando el *mundo como representación* aparece puro y completo, y cuando se opera la objetivación perfecta de la voluntad, pues la Idea es su única *objetividad adecuada*. La Idea encierra en sí, por el mismo título el sujeto y el objeto, que constituyen su forma única; pero aquí la balanza está equilibrada entre ambos, pues así como en la Idea el objeto no es más que la representación del sujeto, el sujeto al sumergirse en el objeto percibido, se identifica con él y toda su conciencia no es entonces más que la clara imagen del último. Esta conciencia es la que constituye totalmente el *mundo como representación*, si concebimos con el pensamiento que todas las Ideas ó grados de la voluntad objetivada pasan sucesivamente por ella.

Todas las cosas individuales existentes en el tiempo y en el espacio no son más que Ideas multiplicadas por el principio de razón (forma del conocimiento de los individuos como tales) y alteradas por lo mismo en su objetividad pura. De igual manera que en la Idea, el sujeto y el objeto no se distinguen ya uno de otro, puesto que penetrándose y absorbiéndose mutuamente es como dan origen á la Idea, á esa objetividad adecuada de la

voluntad, al mundo como representación propiamente dicha; así también en este caso el individuo que conoce y el individuo conocido, como cosas en sí, no pueden distinguirse uno de otro, pues si hacemos abstracción completa del *mundo como representación*, no nos queda más que el *mundo como voluntad*. La esencia de la Idea, lo que es en sí, es la voluntad, de la cual es aquélla la objetivación perfecta, y esta misma voluntad es también la esencia en sí de la cosa individual conocida y del ser individual conociente, que no la objetivan más que de una manera imperfecta. Fuera de la representación y de todas sus formas, la voluntad es idéntica en el objeto contemplado y en el individuo que, elevándose á esta contemplación, llega á conocerse á sí mismo como puro sujeto; luego el objeto en sí y el sujeto en sí no se diferencian el uno del otro, pues *en sí* son la voluntad que llega á conocerse á sí misma, y la pluralidad, así como las diferencias en las cualidades, no existen más que por la manera que tiene aquélla de conocerse; es decir, existen sólo en el fenómeno y en virtud del principio de razón, que es la forma de éste.

Así como sin un objeto, sin una representación, no soy sujeto conociente, sino simple voluntad ciega; sin mí, sujeto conociente, la cosa conocida no es objeto, sino pura voluntad, mero impulso ciego. Esta voluntad en sí misma, es decir, fuera de la representación, es idéntica á la mía, y ambas sólo se separan para formar el individuo conociente y el individuo conocido en el mundo representado, que cuando menos tiene la forma de sujeto y objeto. Cuando se suprime el conocimiento, el mundo como representación, no queda absolutamente nada más que la pura voluntad, el impulso ciego. Pero desde el mismo instante en que ésta se objetiva, en que se hace representación, aparecen el sujeto y el objeto.

Si se objetiva pura y perfecta, si su objetivación es adecuada, el objeto se presenta como Idea, libre de las formas del principio de razón y el sujeto como puro sujeto conociente, emancipado de la individualidad y de la servidumbre de la voluntad.

El que se ha engolfado y se ha absorbido así en la contemplación de la Naturaleza, hasta el punto de no ser ya más que, puro sujeto conociente, sentirá por esto de un modo inmediato, que es la condición, el sostén del mundo y de toda existencia objetiva, puesto que ésta depende de la existencia del sujeto. Lleva en sí la Naturaleza y no la concebirá más que como un accidente de su propio ser. Byron dice en este sentido:

«Las montañas, las olas, los cielos, ¿no son una parte de mí mismo y de mi alma, como yo soy también una parte de todo esto?»

El que lleva en sí este sentimiento, ¿cómo podría creerse absolutamente perecedero en contradicción con la inmortal Naturaleza? No, se sentirá, por el contrario, penetrado de la verdad que proclama el Upanishad de los Vedas: *Hæ omnes creaturæ in totum ego sum et præter me aliud ens non est.* (Upnekhat, I, 122.)

§ 35.

Para llegar á una percepción más profunda de la esencia del mundo es indispensable aprender á distinguir la voluntad, como cosa en sí, de su objetivación adecuada, y luego los diferentes grados en que esa objetivación va apareciendo, cada vez más distinta y perfecta; es decir, las Ideas mismas de sus simples fenómenos sujetos á las formas del principio de razón, que son el modo limitado y condicionado del conocimiento individual. Se verá entonces que Platón está en lo cierto cuando no concede

existencia propia más que á las Ideas, y no reconoce á las cosas existentes en el tiempo y en el espacio, de que se compone el mundo real para el individuo, más que una existencia aparente y como soñada. Se comprenderá también cómo una misma Idea se presenta bajo la forma de tan numerosos fenómenos y no descubre su ser á los individuos concientes más que por fragmentos y por partes. Se llegará asimismo á distinguir la Idea, de la manera que tiene su fenómeno de llegar al conocimiento del individuo: la primera se presentará como lo esencial y como accidental la segunda.

Estudiemos ahora la cuestión, valiéndonos de algunos ejemplos, desde los casos más sencillos á los más elevados. Las figuras que forman las nubes al moverse no tienen importancia alguna: lo que constituye su naturaleza, la esencia de la fuerza que se objetiva en ellas, su Idea, es que, compuestas de un vapor elástico, el choque del viento las junta, las dispersa, las dilata ó las desgarrará. Sus formas accidentales no existen más que para el individuo que las contempla. Para el arroyo que corre entre las rocas, los remolinos, las ondas, la espuma que muestra en su superficie no pertenecen á su esencia ni tienen importancia. Su esencia consiste en obedecer á la gravedad y en obrar como líquido no elástico, perfectamente móvil, sin forma, trasparente; tal es su naturaleza, que *percibida intuitivamente*, da origen á su Idea; las demás condiciones no existen más que para nosotros, en cuanto sujetos concientes.

El hielo se deposita sobre los cristales de nuestras ventanas, según las leyes de la cristalización, que representan en este caso las fuerzas naturales que se han manifestado allí, es decir, la Idea; pero las flores y los árboles que forma el hielo no tienen importancia, ni existen más que para nosotros. Lo que se manifiesta en esas

nubes, en ese arroyo y en ese cristal, es la resonancia más débil de la voluntad, que con mayor perfección aparece en la planta, más perfecta aún en el animal y más todavía en el hombre. Lo único que es *esencial* en todos esos grados de objetivación, es lo que compone la Idea. El desenvolvimiento de ésta, al desleirse en las diversas formas del principio de razón, da origen á fenómenos múltiples y variados, pero esto no es esencial en nada á la Idea, ni existe más que en el modo de conocimiento del individuo, ni tiene tampoco realidad más que para él. Lo mismo puede decirse del desenvolvimiento de la Idea que forma la objetivación más perfecta de la voluntad. Por consiguiente, la historia de la humanidad, el tumulto de los acontecimientos, el cambio de los tiempos, las distintas formas de la vida de los hombres en los diferentes países y en las diferentes épocas, no son más que la forma accidental del fenómeno de la Idea; nada de esto afecta á la objetivación adecuada de la voluntad, sino al fenómeno llegado al conocimiento del individuo, y todo ello es tan ajeno, tan poco esencial y tan indiferente para la Idea, como lo son para las nubes las figuras que dibujan, para el arroyo la forma de sus torbellinos y de sus espumas, y para la escarcha, las flores y los árboles que forma.

Cuando se comprende bien todo esto, y se sabe distinguir la voluntad de la Idea y ésta de su fenómeno, no se da á los acontecimientos históricos otra significación que la de un alfabeto que permite leer la Idea del hombre. En sí mismos y por sí mismo carecen de importancia. No se imagina, como lo hace el vulgo, que el tiempo puede traer algo realmente nuevo é importante, ni puede producir algo que tenga realidad absoluta, ni que el tiempo mismo es un todo con un comienzo y un término, un plan y un desenvolvimiento, ni que tiene

un fin último, que según las nociones vulgares sería el perfeccionamiento supremo del género humano, el último que ha aparecido sobre la tierra y cuya vida es por término medio, de treinta años. No se poblaría, como Homero, todo un Olimpo de Dioses que dirigen los acontecimientos, ni con Ossian se tomarían las figuras de las nubes por seres individuales, pues los acontecimientos históricos ó las figuras de las nubes tienen la misma importancia para las Ideas que en ellos se manifiestan. En las variadas formas de la vida humana y en el cambio incesante de los acontecimientos, no debe considerarse como duradero y esencial nada más que la Idea, en la cual la voluntad de vivir ha alcanzado su objetividad más perfecta, y que descubre sus múltiples aspectos en las cualidades, las pasiones, los errores y las virtudes del género humano, en el egoísmo, el odio, el amor, el temor, la audacia, el aturdimiento, la estupidez, la astucia, el gracejo, el genio, etc.; y todo esto, combinándose y fijándose en formas innumerables (individuos) representa sin cesar la gran comedia ó el sainete de la historia del mundo, en la cual es indiferente que se mueva toda esa multitud por nueces ó por coronas. Al cabo se hallará que en el mundo, como en los dramas de Gozzi, aparecen siempre los mismos personajes con las mismas inclinaciones y con el mismo destino. Los motivos y los acontecimientos se diferencian, en verdad, en los distintos dramas, pero el espíritu de los sucesos es siempre el mismo. Los personajes de una de las comedias ignoran lo que pasa en la otra, donde, sin embargo, son ellos mismos los que figuran; así, á pesar de la experiencia de las comedias anteriores, Pantalón no es más generoso, Tartaglia no tiene más probidad, ni Brighella más valor, ni Colombina más virtud.

Supongamos que nos fuera dado ver claramente el

campo de los acontecimientos posibles y todas las series de causas y de efectos; supongamos que el Genio de la tierra nos mostrara en un cuadro, á todos los hombres eminentes, los sabios y los héroes á quienes arrebató el destino antes de que pudieran obrar; luego, los grandes acontecimientos que hubieran cambiado la faz del mundo y hubieran traído la era de las luces y de la civilización más elevada, si el ciego azar ó el incidente más insignificante no hubiesen ahogado su desenvolvimiento en el origen; y en fin, la suma inmensa de fuerzas de algunos grandes hombres que hubieran bastado para fecundar muchos siglos, y que extraviados por el error ó por la pasión ó bien obligados por la necesidad, las prodigaron sin provecho en esfuerzos indignos ó infructuosos, ó las disiparon por mera diversión; si nos fuese dado contemplar este cuadro, nos estremeceríamos y lloraríamos los tesoros perdidos para tantas generaciones. Pero el Genio de la tierra, sonriéndose, nos diría: «El manantial que produce los individuos y sus formas es inagotable y tan infinito como el tiempo y el espacio; pues como el tiempo y el espacio, no son aquellos más que fenómenos, voluntad visible. Ninguna medida finita puede agotar ese manantial infinito, y toda acción ó todo acontecimiento ahogado en germen, tiene, para reproducirse, la eternidad entera abierta ante él. En este mundo del fenómeno hay tan poca pérdida real, como ganancia. La voluntad es lo único que existe, la cosa en sí, la fuente de todos los fenómenos. Cuando llega á la conciencia de sí misma y se decide á afirmarse ó negarse, es el único hecho absoluto, el único acontecimiento «en sí» (1).

(1) Esta última frase es ininteligible cuando no se ha leído aún el libro siguiente.